

# Presentación

Es tradición en el mundo académico que cuando una figura relevante en su disciplina accede a la jubilación se publique una obra de homenaje, que glose su actividad y aportaciones a su campo de estudio y que, a la vez, recoja contribuciones de aquellas personas de la academia que han transitado por las áreas y ámbitos recorridos por la homenajeadada y con las que ha mantenido algún tipo de relación. Una tradición que en la actual universidad española, llevada por la enfermiza obsesión de la publicación bajo la tiranía de los criterios de impacto, corre cierto riesgo. Esta dinámica ha dado lugar a un difícil encaje de este tipo de obras, que, sin embargo y a nuestro juicio como editores, constituyen una pieza de primer orden para conocer la evolución de las disciplinas y reconocer las contribuciones de aquellas personas que con su magisterio y labor investigadora han contribuido a desarrollar el conocimiento y la ciencia.

Por fortuna, el empeño de José María López Sánchez —director de la revista *Cuadernos de Historia Contemporánea* del Departamento de Historia Moderna y Contemporánea de la Universidad Complutense de Madrid— y la comprensión y acogida de Ediciones Complutense —por medio de su directora Alicia Castillo y de Eduardo Guerrero, jefe de la unidad de publicaciones— han encontrado la fórmula para que esta tradición permanezca viva en la Complutense. Así, al acoger la publicación del presente libro, *Escribiendo historia hoy: historiografía, historia de las mujeres e historia cultural*, se rinde el merecido homenaje a la profesora y reconocida historiadora Elena Hernández Sandoica, con el apoyo del Departamento de Historia Moderna y Contemporánea de la UCM, bajo la dirección del profesor Antonio Moreno, donde Elena ha desarrollado toda su carrera académica.

No es esta breve presentación el lugar para glosar la trayectoria académica y científica de la profesora Hernández Sandoica, pues a ello está dedicada la primera de las tres partes que constituyen este volumen, con el texto que abre, donde José Emilio Pérez da detallada, cariñosa y cumplida cuenta. De todas formas, no está de más recordar aquellos años de formación de Elena en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Complutense. Un periodo marcado por la pujanza de un cada vez más combativo movimiento estudiantil, en los tiempos finales de una decadente, pero no por ello menos represiva, dictadura, cuyos valores autoritarios habían impregnado la vida universitaria. Una atmósfera regida por el todavía poder omnímodo de aquellos catedráticos que llegaron a lo más alto de la jerarquía académica durante los años más os-

uros del franquismo, tras los infames procesos de depuración que golpearon con especial dureza a la Universidad Central —nombre, por entonces, de la actual Universidad Complutense de Madrid—. Un espacio en el que en muchas ocasiones, tal vez demasiadas, el acceso a los debates científicos actualizados era ajeno a la práctica universitaria de aquellos años, salvo honrosas y no tan numerosas excepciones. En ese ambiente, enrarecido para el avance del conocimiento y la formación de las nuevas generaciones de universitarios, se formó una joven e inquieta Elena Hernández Sandoica. Dos figuras atrajeron su atención e interés: un, por entonces, joven profesor de Historia Antigua, Domingo Plácido, que le dirigió su memoria de licenciatura; y un catedrático consagrado, José María Jover, que se convirtió en su director de tesis doctoral y que llevó a Elena por los derroteros de la Historia Contemporánea, que ya nunca abandonaría.

Al poco de iniciar sus estudios de doctorado (1976), Jover Zamora la nombró Encargada de curso (1977), pasando a formar parte de la legión de jóvenes, precarios y mal pagados, profesores no numerarios, los famosos PNN, que sostuvieron la crecientemente masificada universidad española de finales de la dictadura e inicios de la transición y la democracia. Unos jóvenes profesores que insuflaron aire nuevo a una anquilosada universidad, todavía atravesada por los rancios aires del nacionalcatolicismo en descomposición, y que protagonizaron su renovación y modernización. De este modo, aunando docencia e investigación —los dos pilares fundamentales sobre los que descansa la misión de la universidad—, incorporaron los centros españoles, siempre precarios de medios, al campo de las universidades europeas, ayudando al país a salir de la noche oscura de la dictadura franquista.

Las aulas y despachos de la nueva Facultad de Geografía e Historia de la UCM —creada en 1975 tras la división de la antigua Facultad de Filosofía y Letras en cuatro: Filología, Filosofía, Geografía e Historia y, posteriormente en 1980, Psicología— fueron testigos de la necesaria renovación teórica y metodológica que trajo consigo el plan de estudios de 1977, año en el que comenzó Elena Hernández Sandoica su labor docente.

No es este el lugar ni el momento de describir aquella facultad del final del franquismo y la transición, pero sí conviene traer a colación algunos nombres que protagonizaron, junto con Elena, esta regeneración. En el caso del Departamento de Historia Contemporánea, siguiendo la estela de Jover Zamora, destacaron los profesores Martínez Carreras y Sánchez Jiménez que, con Julio Aróstegui, María Carmen García-Nieto y Antonio Fernández, constituyeron el gozne que enlazó con la nueva generación de PNN entre los que, además de Elena, se

encontraban Ángel Bahamonde, Julián Toro, Charo de la Torre, Guadalupe Gómez-Ferrer, Estibaliz Ruiz Azua o Sonsoles Cabeza Sánchez Alborno.

A su vez, Elena conectó, desde un principio, con otros profesores movidos por el común interés en actualizar sus respectivas disciplinas: por un lado figuras consolidadas como Manuel Fernández Miranda en Prehistoria; Domingo Plácido y Julio Mangas en Historia Antigua; Abilio Barbero y Cristina Segura en Historia Medieval; José Cepeda Adán en Historia Moderna; José Alcina en Antropología de América; Pepe Estébanez y Aurora García Ballesteros en Geografía; Antonio Bonet, José María Azcárate, Valeriano Bozal y Ángel González en Historia del Arte; y, por otro lado, PNN como Juan Cascajero en Historia Antigua; Marisa Loring en Historia Medieval; Rosa Capel, José Cepeda Gómez, Gloria Nielfa y Esperanza Yllán en Historia Moderna; Miguel Ángel Troitiño y Carmen Pérez Sierra en Geografía; Maribel García Montón y Ascensión Martínez Riaza en Historia de América; Pepa Iglesias en Antropología de América; Carmen García Ormaechea o Antonio González en Historia del Arte, entre otros. Dos generaciones que con su acción y compromiso conectaron con las nuevas corrientes y debates internacionales, recuperando el programa renovador de la Junta para Ampliación de Estudios, con el fin de anclar a España en la modernidad, a través del viejo anhelo expresado por la Institución Libre de Enseñanza en su apuesta por la instrucción pública.

No podemos terminar sin mencionar al compañero de vida de Elena, José Luis Peset, con el que ha transitado una larga trayectoria personal e investigadora, desde que coincidieron en uno de los seminarios del CSIC en 1975, en el que compartieron intereses e inquietudes intelectuales, que les llevaron a colaborar en diversas publicaciones sobre la historia de la universidad y a forjar un fructífero proyecto de vida en común.

\* \* \*

La estructura del libro se organiza en torno a tres de los ejes que han vertebrado la labor investigadora de Elena Hernández Sandoica. De este modo, la primera parte, *Historiografía: la historiadora y la historia*, recoge tanto contribuciones que se acercan a la figura de la propia Elena como textos que contienen reflexiones de carácter historiográfico. Así, en el primer capítulo, José Emilio Pérez Martínez nos ofrece una completa semblanza biográfica de la homenajead. Se trata de un recorrido por su trayectoria profesional, investigadora y docente que nos permite examinar las distintas facetas de su labor universitaria y comprender su papel en la historiografía española. En el siguiente texto, Isabel Bartolomé, Ricardo Campos, Álvaro Girón y Juan Pimentel

comparten sus vivencias y recuerdos de sus años de estudiantes de Elena, de forma que, a través de sus palabras, es posible atisbar la profunda huella de sus enseñanzas. Por su parte, Marisa González de Oleaga entreteje, en su contribución, su experiencia personal con Elena y el debate historiográfico, al que tantas horas consagró Hernández Sandoica. Siguen, a continuación, las páginas que Justo Serna dedica a la escritura autobiográfica y, en concreto, al análisis del editor y librero decimonónico Mariano de Cabrerizo. Javier Ugarte prosigue, en su texto, con la indagación sobre las cuestiones teóricas y metodológicas de nuestra disciplina, al presentar al lector una aproximación al papel de la narrativa dentro del campo de la historia. Finalmente, cierra esta primera parte el capítulo de Marc Baldó Lacomba, que propone un recorrido sobre la evolución de la memoria histórica, los cambios legislativos y su rol social.

La segunda parte de este volumen, *Historia de las mujeres: compromiso e igualdad*, se abre con la contribución de Ana M. Aguado Higón, Mary Nash y Teresa M. Ortiz López, una pieza colectiva que recorre la trayectoria de Elena, su relación con la historia de las mujeres y sus contribuciones a este campo. A su vez, el texto de Ángeles Egido León hilvana sus recuerdos personales con un panorama de la situación de las mujeres que protagonizaron el periodo republicano, la Guerra Civil y el exilio. Por su parte, Isabel Burdiel y M<sup>a</sup> Cruz Romero se centran en la figura de Amalia de Llano, condesa de Vilches, y en su papel de promotora de la cultura, de personaje político y de novelista, para visibilizar, así, la relevancia que muchas nobles tuvieron en la España del siglo XIX. Por su parte, la contribución de Susanna Tavera, pone en diálogo a Rossend Arús con Rosario de Acuña, lo que nos da a conocer dos trayectorias vitales que, con sus similitudes y diferencias, fueron claros ejemplos de compromiso y librepensamiento, sobre la segunda Elena acaba de publicar una voluminosa biografía. El capítulo escrito por Nuria Rodríguez Martín y Sofía Rodríguez Serrador evidencia la importancia de la publicidad como fuente histórica, pues nos acercan, a través del estudio de anuncios de productos de higiene personal, a los cambios de mentalidad que operaron en la «mujer moderna» de principios del siglo XX. Finalmente, María Dolores Ramos nos ofrece un acercamiento al desigual reparto del tiempo en nuestra sociedad y las formas en que las mujeres andaluzas de finales del siglo XX concebían e invertían su tiempo libre, cuando lo tenían.

La última de las partes, la tercera, recoge, bajo el título de *Historia cultural: universidad, intelectuales, imágenes y representaciones*, los capítulos que versan sobre cuestiones relacionadas con la cultura y lo cultural, ámbitos a los que Elena Hernández Sandoica ha dedicado parte de su investigación y docencia. Así,

la historia de la universidad española, el papel de los intelectuales, el mundo editorial y la cultura visual son los temas que ocupan estas páginas. Luis Enrique Otero Carvajal traza un recorrido por la universidad española, desde los últimos compases del siglo XIX hasta la dictadura franquista, atendiendo a su evolución y a su desarticulación durante el franquismo. Miguel Ángel Ruiz Carnicer enmarca, con su contribución, las aportaciones de Elena Hernández Sandoica a la historia de la universidad española en su propia trayectoria, mostrándonos cómo ambas se imbrican perfectamente. Por su parte, Alba Fernández Gallego y José María López Sánchez ahondan en la evolución del Centro de Estudios Históricos, y por lo tanto de la historiografía española, entre las décadas de 1930 y 1940. La contribución de Rubén Pallol Trigueros cierra el bloque dedicado a la historia de la universidad española, con un trabajo en el que analiza la evolución de las prácticas maestro-alumno tras la instauración de la dictadura franquista por medio de los ejemplos de Santiago Montero y Rafael Calvo Serer.

Rafael Giménez Siles, editor y librero, padre de las FERIA del Libro de Madrid y exiliado en México por su vinculación con el campo republicano, es el protagonista del capítulo de Carlota Álvarez Maylín y Ana Martínez Rus, que aborda, así, la historia de la edición en España. El capítulo de Iván López Cabello versa sobre la función social de los intelectuales al recuperar la figura de José Bergamín, su papel como punto de encuentro de muchos demócratas españoles en París y su relación con los episodios de Mayo de 1968 en la capital francesa.

Las dos últimas contribuciones de esta tercera parte, y por ende del libro, son aquellas dedicadas a la cultura visual, las imágenes y la cuestión de la representación. De esta forma, Miguel Ángel Puig-Semper y Consuelo Naranjo Orovio examinan las prácticas de representación colonial estadounidense en Filipinas a través de la fotografía, mientras que José Carlos Rueda Laffond se interroga sobre el «régimen visual comunista» y las implicaciones que lo emocional tuvo en su elaboración, sobre todo en la construcción simbólica del culto a la personalidad estalinista.

De este modo, todas las personas participantes en este libro han querido, con sus textos, rendir su personal homenaje a esta maestra de historiadoras e historiadores, transitando algunas de las sendas que Elena ha recorrido a lo largo de su carrera académica. Sirvan, pues, las páginas que componen este volumen para celebrarla.

Luis Enrique Otero Carvajal  
José Emilio Pérez Martínez  
Universidad Complutense de Madrid